

## ***Al final del arcoíris, la paz***

**Por: Jessica Andrea Lizcano Ortega**



***Dibujo realizado por una niña en el marco de la Misión de Verificación en la que fue desarrollada este cuento***

Había estado todo el día sumergiendo mis miedos en letras, tinta y papel. Se hacía cada vez más tarde y un nuevo destino me esperaba.

Tomé mi mochila, me armé de valor y empecé a enfrentar lo que no creía que fuera capaz de vencer.

Mientras caminaba pude observar que, al fondo de la calle, donde disminuía notablemente la luz, había un señor buscando algo con bastante afán, y casi que, por inercia, sin saber lo que estaría próximo a suceder, me dirigí hacia él.

- Hola - le dije, pero no me respondió.
- Buenas noches – fue mi segundo intento.
- Buenas noches – contestó con una cortesía que luego eliminó de raíz con un “No me moleste, estoy ocupado” – Mientras seguía buscando insistentemente algo entre cajas y bolsas que estaban regadas por la calle.
- ¿Le puedo ayudar en algo? – volví a preguntar.
- No es asunto suyo, estoy ocupado, ya le dije

Me quité la mochila y en un acto de rebeldía empecé también a buscar, sin saber lo que buscaba.

Escarbé la tierra, me subí a los árboles y husmeé las ramas; esto le causó curiosidad al señor, quien se acercó hacia mí y me preguntó

- ¿Qué busca?
- Lo mismo que usted – le dije con tono apurado y la respiración agitada.
- Pero si no le he dicho lo que busco – Prosiguió
- No importa – respondí

Vaciló por unos instantes y luego me contó su historia

- Busco algo para mi hija, va en tercer grado, necesita colorear un arcoíris, pero no encuentra sus colores
- ¿Los dejó por acá? – Preguntó con interés
- Claro que no, no busco los colores de ella, busco los colores del arcoíris. Es un arcoíris a blanco y negro, necesito recuperar sus colores.
- Comprendo – le dije sin comprender nada, entonces traté de seguir la conversación – A lo mejor se los llevó el mismo que se llevó al sol hoy.
- ¡¿Se robaron el sol?! – Me preguntó exaltado
- ¿Lo ve por alguna parte? – dije, como si supiera de lo que hablaba.
- Es cierto, todo está oscuro – Me hablaba con desánimo - ¿Y qué vamos a hacer? ¿Me ayudará a buscarlos?

Me llené de emoción al saber que me había incluido en sus planes, así que le comenté la gran idea que se me había ocurrido.

Estábamos a 3 horas del lugar donde quien había hurtado al sol, lo dejaría escapar, y donde muy posiblemente él encontraría los colores perdidos de su arcoíris, así que debía comenzar una charla amena para recortar el camino. Le conté que sólo había visto al arcoíris dos veces, una vez estuvo imponente ante la mirada de muchos en un pueblo lejano donde esto era valorado como la mayor hazaña de la naturaleza. La segunda fue en el lugar hacia donde íbamos, Papá me lo había enseñado hace muchos años, siendo este uno de los momentos más felices de mi vida. Fue poco después de haber sido desplazados de nuestra finca, la ciudad se hizo muy dura y Papá, al ver esto, nos quiso animar regalándonos sin saber, a mis hermanos y a mí, uno de los días más felices de nuestra vida.

Semanas después, Papá no regresó a casa, dejando a Mamá con una tristeza que vive al día de hoy. Nunca supimos de su paradero, hubo gente que nos contó que vieron cuando hombres, vestidos de negro, lo subieron a una camioneta con rumbo desconocido; desde esa vez, no volví a aquel sitio, tampoco volví a ver el arcoíris, ahora que lo pienso.

El camino no lo recordaba muy bien, pero estaba completamente segura de que él mismo nos llevaría al encuentro.

En medio de un silencio incómodo me puse a detallar a aquel hombre, él también estaba un poco opaco, callado y sin ninguna expresión en el rostro, y como si hubiera leído mis pensamientos reanudó la conversación.

- Hace algún tiempo alguien me robó el brillo, así que me propuse a no dejar que lo mismo pasara con mi hija y sus sueños.

No fui capaz de preguntarle algo más, pero no fue necesario porque él mismo siguió hablando

- Hace un par de años, para la fecha del cumpleaños de mi hija salimos a dar un paseo. Éramos muy felices, brillábamos juntos, pero hubo alguien que no soportó tanta luz. Por defender a nuestra hija, mi esposa se puso en medio de la pelea y salió herida. Hombres armados me la arrebataron con un tiro en su pecho. Desde aquel día las sombras han intentado consumirme, pero son los sueños de mi hija los que no lo permiten.

Sus ojos se encharcaron rápidamente y su voz se cortó. Al cabo de un rato me contó otros detalles de su vida, que también, como muchos de nosotros, los que habitábamos el campo, tuvimos que salir de nuestras tierras a una ciudad que a pesar del calor que hace, muchas veces se porta demasiado fría y hostil con quienes considera “forasteros”.

Yo no podía parar de pensar en lo que me había contado de su esposa, sentía que la vida me estaba queriendo decir algo que aún no alcanzaba a entender. Habían sido muchos días seguidos sumergida, nadando en mis recuerdos, donde Papá aún estaba con nosotros y la vida tenía color.

Continuamos caminando, a pesar de que muchas veces sentí que aquel señor tenía miedo de nuestro destino final. Estaba muy recién llegado a la ciudad y en su pueblo siempre le contaban historias de personas que aceptaban ayudas de desconocidos y terminaban peor de lo que estaban. Intenté ganarme su confianza con comentarios y chistes que me salían en el momento, eso lo ayudó a relajarse un poco.

Estando a escasos metros de llegar pudimos ver como el sol empezaba a mostrarse. En esta ciudad aquella estrella gigante acostumbra a ponerse muy temprano y se escapa para iluminarnos.



Tomé su mano, sorprendido me miró, pero más sorprendida quedé yo al sentir la calidez de su piel. Fue inevitable no recordar a mi Papá y su deseo de que nos fuera siempre bien en la vida, lejos de lo que nos quitó lo único que teníamos en la vida y era la libertad de recorrer esas montañas, esos ríos, ese territorio que nos vio nacer y que un día la guerra nos quitó.

Las nubes se esparcieron y en un par de segundos el cielo estaba completamente azul. Ante nuestra mirada, un enorme lago empezó a surgir entre los cerros, y junto con el reflejo de los rayos del sol, llenó el lugar de intensos colores.

Vi cómo el rostro de aquel extraño hombre se iluminaba con una gran sonrisa. No hubo tiempo para palabras, su expresión de asombro lo decía todo.

Nos paramos frente a él para observarlo detenidamente, no salíamos del asombro. Brillaba tanto que parecía no ser algo de este mundo.

En ese momento él dio unos pasos hacia adelante, se soltó de mi mano, volteó su cara y me sonrió, fue una sonrisa de completa felicidad, una de esas que hace mucho no veía.

Pensé en Papá, en lo feliz que se veía cada vez que hacíamos algo que nos gustaba, pensé en lo feliz que podía estar ahora que me había graduado de la Universidad, pues fue su sueño siempre, que estudiáramos y viéramos más allá del arcoíris, que quisiéramos mucho el campo pues en él habíamos nacido, pero que



buscáramos la forma de incidir para mejorar las condiciones de este, que no nos quedáramos viviendo los sueños de otros.

Sentí como si estuviera parado al frente mío y tuviera todo el tiempo del mundo para contarle cuánto había cambiado mi vida y la de Mamá desde que se fue, sentí unas inmensas ganas de salir a abrazarlo, de decirle cuánto lo extrañé.

Pude ver cómo aquel hombre seguía parado allí, atónito, ante la inmensidad del paisaje. Él seguía intentando ver más allá, más allá de los colores, más allá de ese brillo cegador que salía de él.



Continué caminando, completamente hipnotizado, y se paró en apenas el borde de barro y piedras que separaba un gran abismo hacia el lago.

Rápidamente corrí hacia él, con un poco de nervios me hice a su lado y no dije nada. Bajé mi mirada y me di cuenta que sus zapatos apenas estaban tocando suelo, su cara reflejaba los colores que estábamos viendo y él en esos momentos no pensaba en otra cosa que no fueran sus colores.

Apenas vaciló un poco y sin poderlo evitar, se lanzó.

Sentí un vacío, como si quien fuera cayendo fuera yo. Grité, pero era demasiado tarde, cuando me asomé se veía el agua chapotear. Él nunca volvió a salir.

No sabía qué hacer o a quién pedir ayuda, me quedé en shock y sentí la necesidad de sentarme. El calor ya empezaba a aparecer. Tenía ganas de llorar, pero no podía

explicarlo, no sentía tristeza, o tal vez sí, pero al mezclarse con otras emociones lo único que me produjo fue un ataque de ansiedad.

Empecé a llorar desconsoladamente hasta que una mano se posó sobre mi hombro. Sentí miedo. Al principio no miré de quién se trataba, intenté calmarme y volteé. Un halo de luz me acompañaba en el piso.

Mientras miraba aquel espectáculo, una voz susurró a mi oído que estuviera tranquila, que era una decisión que había tomado hace mucho tiempo y que yo simplemente le había mostrado el camino. Que estaba muy feliz.

Entonces respondí que no podía estar tan feliz, que había dejado a su hija sola en este mundo, que no podía ser tan egoísta de dejar a una niña sin su padre.

Yo más que nadie sabía lo que eso significaba, así que me llené de mucho enojo. Volví a sentir que se poso una mano sobre mi hombro, pero nada me tranquilizaba.

“El día en que esos hombres armados me arrebataron a mi esposa, nuestra hija estaba con nosotros. La bala atravesó ambos cuerpos y ninguna sobrevivió. Desde ese día estaba muerto en vida, tú me enseñaste el camino, la luz y los colores, y siempre estaré muy agradecido” respondió la voz.

Seguía sin creer lo que sucedía, seguía sin saber qué hacer. Al instante, la voz me volvió a susurrar: “Por haberme ayudado, te daré una gran sorpresa, tienes apenas unos minutos así que sé muy sabia en las palabras que elijas”.

La luz desapareció, sentí que un hueco se abría en mi pecho, y de pronto, al final del lago volvieron a surgir unos colores, esta vez, tras ella, la voz de mi Papá.

Me sentí desmayar. Había tantas cosas que quería decir, pero él me habló primero.

Me saludó y le pedí si le podía abrazar. Puso su mano en mi cara y me pidió que cerrara los ojos. Cuando lo hice, sentí el calor de su cuerpo frente a mí, sentí que con sus brazos me envolvía, sentí el olor de su perfume en su camisa, ese que siempre usaba, el que Mamá le regalaba todos los años en su cumpleaños, sentí incluso los vellos de sus brazos.

Lloré y lloré mucho, me desesperé y empecé a decirle cuánto lo había extrañado. Tanto tiempo había esperado este momento y ahora que estaba en él, no sabía qué hacer más que llorar.

Él intentó consolarme, me dijo que estaba bien y que sabía de mis logros, que se puso muy feliz en mi graduación y que estuvo conmigo en todo momento.

Le pedí que me dijera dónde estaba su cuerpo, que Mamá lloraba todos los días por él; aunque quisiera parecer fuerte yo siempre lo notaba. Mamá quería darle sepultura y que eso muy seguramente le traería un poco de paz.

Él se comprometió a hacerlo, y sentí como metía algo a mi bolsillo. Lo volví a abrazar, le dije que quería volver al campo a vivir allí, que la ciudad nos había dado muchas oportunidades, pero no me sentía cómoda en ella.

Lo entendió y abrazándome más fuerte me recordó que siempre iba a estar para nosotras, volví a llorar, sentí cómo limpió mis lágrimas con sus manos y de un momento a otro, el resplandor ya no estaba.

Abrí los ojos y allí estaba, aquel paisaje tan mágico y con tantos secretos.

Divisé al final del lago, como mezclándose con la montaña, tres cuerpos que por los aires se acercaban.

Apenas lo distinguí, era el señor, al lado suyo estaba su esposa y en los brazos de ella, su hija. Se veía tan feliz como cuando estábamos llegando y el sol empezó a aparecer por entre los árboles.

Asintió con su cabeza, me sonrió y dijo “Ahora tengo todos los colores que me hacían falta, esta era mi misión, encontrarlos, y gracias a ti lo hice, revisa por favor tu bolsillo, en él encontrarás mi agradecimiento” y desaparecieron.

Con los ojos encharcados recordé que Papá había metido algo en mi bolsillo. Lo busqué rápidamente y en él había un sobre con una fotografía, era una fotografía de un lugar especial en aquel pueblo donde vivíamos antes de ser desplazados.

Pensé que para la fecha este sitio era lugar de encuentro entre el Ejército y grupos armados que habitaban el territorio e inmediatamente me di cuenta del mensaje, allí estaba enterrado el cuerpo de mi Papá.

Hoy, un año después de aquel suceso, estoy aquí exhumando los restos de mi Papá y el de otras 10 personas que, como él, ahora podrán descansar en paz.

Fueron muchos trámites por los que tuve que pasar para que la justicia se encargara de investigar y dieran la orden de buscar en ese terreno. A muy pocas personas les he contado como llegué a él, lo he preferido mantener como mi gran secreto, esa conexión que pude lograr con mi Papá, aunque él ya no estuviera conmigo.

Mientras he estado aquí, desde la mañana, diversas familias se han acercado a agradecerme, sienten que los restos que yacían allí son de muchos de sus familiares que durante años han buscado.

Hoy siento que con darle sepultura a mi Papá puedo descansar yo también, y que esos recuerdos de mi infancia, de mi adolescencia, mis triunfos y mis derrotas, las he podido compartir con él todos estos años.

Desearía que todos, al igual que yo, pudieran encontrar a sus seres queridos desaparecidos, y que ningún otro niño en el mundo tenga que pasar por lo que pasamos quienes somos huérfanos de la guerra.